

“LA LUNA SOÑADORA”



© De esta edición:

2016. EDITORIAL ESPACIO PARA CONTAR

C/ Carril de los Juanes, 12. 30012 MURCIA. ESPAÑA.

Teléfono: +34 649090811

www.espacioparacontar.com

E-Mail: info@espacioparacontar.com

© 2016. JUAN PEDRO ROMERA

Primera edición digital: junio de 2016

I

Había una vez una Luna soñadora enamorada del sol.

La Luna, como todas las noches del caluroso verano, se asomó al balcón del cielo. Estaba entretenida tejiendo sueños de poeta cuando observó a lo lejos una brillante luz. Acercó su curiosidad todo lo que pudo hasta el desconocido resplandor y, deslumbrada, vio al incendiario Sol. Una sonrisa tímida se dibujó en su rostro. Sus párpados se plegaron de emoción. Sus mejillas se pintaron de rubor. Y todo cambió. Desde aquel día ya no pudo dormir. Todas las noches volvía al lugar del primer encuentro buscando al astro rey, pero el Sol ya no estaba. Siempre llegaba tarde. Cuando la Luna mostraba su pálida cara, él ya se había escondido tras unas montañas que corrían el telón de la noche. La Luna pensó que si aparecía más temprano lo hallaría con todo su esplendor. Al día siguiente se levantó con más prisa que de costumbre, se colocó una diadema de cristal de roca que le sentaba muy bien y subió a lo más alto del cielo. Pero cuando llegó, el Sol ya se había sumergido en la cuna del mar. Y así una noche tras otra. La Luna esperaba dando paseos por el cielo hasta que llegaba la mañana, por si al Sol se le ocurría volver. Entonces, cansada de tanto suspirar, se marchaba. Nunca veía al Sol. La Luna no sabía que cuando ella asomaba su redonda nariz, el Sol se iba a otro lugar. Era imposible encontrarse con él. Pero estaba tan enamorada que no se daba por vencida.

II

Un día que se alejó más allá de más allá buscando al Sol, se encontró con dos estrellas fugaces. Eran dos hermanas gemelas que jugaban a ver quien llegaba antes hasta la Estrella Polar. Las llamó con mucha suavidad y les preguntó donde podía encontrar al Sol. Las estrellas se miraron extrañadas como solo saben hacer las estrellas fugaces. Guiñaron un ojo, después el otro, estornudaron, tosieron un poquito y se quitaron de la nariz el polvo cósmico que les había caído la noche anterior. Muy serias dijeron a la Luna:

- Todos los días el Sol pasea su ardiente corona real por los cielos. Eso lo sabe hasta la estrella más pequeña del universo, dijo una de las estrellas con los ojos brillantes y bailarines cargados de sorpresa.
- ¿Aún estás dormida? ¿Por qué preguntas por él?, dijo la otra con la misma cara de extrañeza que su hermana.

La Luna les contó su encuentro inesperado con el Sol. También les dijo, con arrebato en sus pupilas, que estaba muy enamorada y quería que el Sol lo supiera. Que llevaba muchas noches buscándolo sin resultado y que estaba decidida a encontrarlo aunque tuviera que ir hasta el fin del universo.

Las dos estrellas escucharon con atención, se alejaron un poquito de la Luna y musitaron entre ellas. Al cabo de un corto espacio de tiempo regresaron.

- Amiga Luna, no sabemos donde vive el Sol, pero si bajas hasta la Tierra alguien te lo podrá decir...
- El Sol pasa todos los días por allí y tiene muchos amigos...
- Seguro que vive en algún lugar muy escondido...
- Hasta luego amiga. Y que tengas mucha suerte, dijeron las dos estrellas al unísono y haciendo una pirueta casi imposible desaparecieron jugando a ver quien daba el salto más grande.

La Luna se puso muy contenta. Se vistió con un traje de musgo verde que tenía guardado para las grandes ocasiones y se calzó unos zapatos de agua de río. Cubrió sus brazos con unos guantes con estrellas y adornó su cabeza con un sombrero tricolor. Desenrolló una larga escalera que había trenzado con la melena de un cometa y descendió hasta la Tierra.

III

Era una mañana luminosa. La vida despertaba a un nuevo día. Multitud de animalitos se desperezaban y se sacudían el sueño de la noche anterior. Unos comían, otros jugaban, alguno la miraba sorprendido...

Muy cerca de allí discutían dos amigos:

- Oye, Sapo. ¿Has visto quien está allí?
- Parece la Luna, querido amigo Ciervo.
- ¿Qué habrá venido a hacer aquí, Sapo? Es de día.
- Pues no tengo ni idea, amigo Ciervo. ¿Por qué no le preguntas?

El Ciervo se acercó con un ligero trote hasta la Luna, que andaba muy atareada recogiendo la escalera y enderezando su sombrero.

- ¡Hola amiga Luna! ¿Qué haces aquí?, dijo el Ciervo sonriendo maravillado al ver la Luna tan de cerca.
- Hola, señor Ciervo. Voy buscando al Sol. ¿Sabes donde vive?

El ciervo se rascó detrás de la oreja. Hizo un esfuerzo enorme de concentración mirando al cielo a izquierda y a derecha, pero no pudo sacar nada en claro. Se acercó hasta el Sapo, que ya andaba impaciente por saber qué quería la Luna, y le preguntó:

- Oye amigo Sapo. ¿Tú sabes donde vive el Sol?

El Sapo dio un gran salto, que es lo que hacen los sapos cuando piensan muy fuerte, croó tres veces con la cabeza torcida... y le dijo al ciervo que no tenía ni idea.

- Oye amiga Luna, dijo el Ciervo con algo de pena por no poder ayudarla, no sabemos donde vive el Sol. Todos los días se pasea por aquí y le saludamos cuando pasa, pero nada más. Tendrás que preguntarle a otro. ¡Hasta pronto y que tengas suerte!

El Ciervo se marchó discutiendo con el Sapo si el Sol tendría su casa en Oriente o en Occidente.

IV

La Luna se acercó hasta el lago que bañaba aquel rincón de la Tierra. Un agua cristalina, que bajaba divertida desde la montaña, hacía las delicias de los más pequeños cuando se bañaban en ella y saciaba la sed de todos los habitantes del lugar.

Había mariposas que revoloteaban entre las flores. Y conejillos de color rosa. Y una mariquita muy grande que hizo burlas a la Luna antes de esconderse debajo de un

tronco seco. La Luna, incansable, preguntó a todo el que se cruzaba con ella, pero nadie supo decirle donde vivía el Sol.

Se sentó junto al lago y vio su rostro reflejado en el espejo del agua. De pronto, el suelo comenzó a temblar. Los árboles se apartaban asustados, los animalillos más pequeños corrían a esconderse bajo las rocas y los patitos del lago miraban sorprendidos los rizos del agua. Y entonces apareció el Elefante. Era más grande de lo que la Luna se había imaginado. Tenía una larga trompa que olisqueaba aquí y allá. Unos pies enormes que aplastaban todo lo que se encontraba a su paso y unas orejas que parecían los abanicos más grandes del mundo. El Elefante se dirigía al lago a beber agua y bañarse, como todos los días. La Luna le preguntó:

- Señor elefante ¿usted sabe dónde vive la Luna?

El elefante balanceó la trompa a un lado y a otro como si estuviera pensando y, después de una larga pausa, dijo:

- ¡No tengo ni idea! El Sol pasa todos los días por aquí, nos deja un poco de su calorcito y sigue su camino, pero no sé donde está su casa. Pregúntale al Rey de las Montañas. Él lo sabe todo y te dirá donde vive el Sol. Es un gran sabio.

-¿Y dónde puedo encontrar al Rey de las Montañas?, dijo la Luna esperanzada.

El Elefante movió su larga trompa otra vez y señaló hasta una montaña muy alta que saludaba ufana al fondo del lago.

- Sigue el camino de la montaña del lago hasta que llegues a lo más alto, a la cima. Encontrarás un gigantesco roble milenario. Siéntate bajo él y decansa tres horas. Yo siempre lo hago. Después sigue caminando hasta que llegues a la entrada de la Gran Gruta Vacía. El Rey de las Montañas sabrá que has llegado y aparecerá ante ti. No desesperes y espera lo que tengas que esperar. Jo, jo, jo, me he vuelto poeta. Adiós Luna. Que tengas tanta suerte como merezcas.

La Luna, muy contenta y sin entender las últimas palabras del elefante, recogió su larga melena de estrellas y con un grácil movimiento se deslizó sobre el lago que

rodeaba la montaña. Dejó pintada en el agua una estela plateada que brilló durante mucho tiempo. Llegó muy cansada a la cumbre. Hizo lo que le había dicho el elefante y esperó... Y esperó un poco más... Y siguió esperando mucho más. Hasta que comenzó a hartarse de tanto esperar. Llegó a pensar que el elefante se había reído de ella. Y mientras pensaba en esa posibilidad la entrada de la gruta se estremeció y, con un tremendo estruendo, una enorme grieta rasgó la pared de la montaña.

Y apareció el Rey de las Montañas.

V

Era el ser más temible que la Luna había visto jamás. Sus grandes ojos despedían rayos en todas direcciones. Sus cabellos eran largos y puntiagudos. Su cara reflejaba la ira de mil montañas rompiéndose en pedazos. Sus enormes brazos colocaron sin esfuerzo una enorme roca junto a la entrada de la montaña y se sentó. Miró intrigado a la Luna y le preguntó sin palabras qué es lo que andaba buscando como para despertarlo de su gran siesta. La Luna estiró un pliegue de su vestido y aclarando la voz le dijo:

- Rey de las Montañas, disculpad mi atrevimiento al molestaros en vuestra siesta pero es que tengo un problema que he de resolver y me han dicho que vos sois el más grande de los sabios de este lugar, el que todo lo sabe, y que me podría ayudar.

El Rey de las Montañas se sintió halagado, se acomodó mejor sobre la piedra y carraspeó un poco para decir, en un extraño idioma que la Luna entendió:

- Está bien Luna, dime lo que quieres saber y veremos si puedo ayudarte.

Su voz sonó como si los truenos se pusieran de acuerdo para estallar todos a la vez.

Pero la Luna no se inmutó ni le tuvo miedo. Armada de valor le contó su empeño.

- Rey de las Montañas, hace tiempo vi al Sol a lo lejos y me enamoré de él. Desde entonces no he podido descansar y he decidido encontrarle cueste lo que cueste. He recorrido muchas veces la bóveda celeste con la esperanza de hallarle detrás de un planeta o escondido tras una galaxia, pero ha sido en

vano. Unas estrellas fugaces me dijeron que vivía en la Tierra, que lo buscara aquí. Pero ningún animalillo ha sabido decirme donde está su morada. El señor Elefante me dijo que vos sois tan sabio que nada os falta por saber. Así que, si sois tan amable, decidme donde vive el Sol para que vaya a buscarle y le declare mi amor.

El Rey de las Montañas, al escuchar la historia de la Luna enamorada, se rió con una carcajada tan fuerte, que las piedras de todo el valle temblaron. Sus ojos lanzaban rayos de risotadas, sus palabras retumbaban en el agua del lago provocando oleaje de tormenta. Reía y reía mientras hablaba.

- ¡Estás loca! ¿La Luna enamorada del Sol? ¡¡Ja, ja, ja, ja!! ¡Eso es imposible! La Luna jamás puede alcanzar al Sol. ¡Eres una lunática! ¡¡Ja, ja, ja!!

Tanto se rió de ella que casi se desmaya. Se introdujo en la gran gruta y desapareció. Todavía se oían las risotadas en las profundidades de la tierra cuando la grieta se cerró. La Luna estaba paralizada por el dolor. ¡El Rey de las Montañas se había reído de ella! ¡¡Le había dicho lunática porque se había enamorado del Sol!!

Se sintió triste, el ser más triste del mundo. Nunca encontraría a su amado. Había abandonado su cálido lecho para encontrar al Sol y ahora se reían de ella. Le estaba bien empleado por perseguir ilusiones.

VI

Dejando un reguero de lágrimas de Luna descendió hasta la orilla del lago. Lloraba sin cesar mientras hablaba a su reflejo en el agua.

- Todos se ríen de mi porque quiero alcanzar al Sol. No entienden que él es la luz que necesito... ¡Qué se ríen si quieren! ¡Yo soy la Luna! Soy la reina de la noche y en mi presencia todos los humanos se sienten felices. Unos se creen enamorados, a otros les inspiro versos y a todos les llaman lunáticos por creer en mis encantos. Yo soy la Luna, la reina de la noche...

Las lágrimas bañaban su rostro desconsolado.

Unos patitos que nadaban en el lago se acercaron a ella para ver qué le pasaba.

- ¡Cua, cua, cua!, dijeron los patitos muy interesados en la pena de la Luna.
- Hola patitos. No, no quiero jugar con vosotros en el agua del lago. Estoy muy triste.
- ¿Cua, cua?
- Porque el Rey de las Montañas se ha reído de mí. ¡Buaaaa!
- ¿Cua, cua, cuaracua?
- Y también me ha dicho lunática. ¡¡Buaaa!!
- ¿Cuaaaaa? ¿Cua, cua?
- Porque me he enamorado del Sol. Y voy buscando su casa para declararle mi amor.
- ¿Cua, cua? ¡¡Cua, cua, cua!!
- ¡¡Buaaaa!! Hasta los patitos se ríen de mí.

La Luna lloraba abatida mientras veía alejarse a los patitos riendo entre ellos y jugando a tirarse agua con las alas. Nadie la comprendía.

Un perrito que jugaba cerca del lago se acercó curioso olisqueando a la Luna.

- ¡Guau, guau!
- Hola perrito. No, no quiero jugar contigo tampoco. Estoy muy triste.
- ¿Gua, guau?
- Porque el Rey de las Montañas se ha reído de mí.
- ¿Guauuu? ¡Grrrrrr!
- Sí, se ha reído tanto de mí que me duele la alegría.
- ¿Gua, gua, gua, gua?
- Es que voy buscando al Sol porque me he enamorado de él...
- ¿¡¡Gua!!? ¡¡Guauuuuu!! ¡¡Gua, guau!!
- ¡¡Buaaaa!! El perrito también se ríe de mí. ¡Buaa! Nadie me entiende.

VII

La Luna se sentía el ser más triste del universo. Se sentó en una roca gris para llorar su pena. Estaba tan absorta en su tristeza que no se dio cuenta del trasiego de

hormigas junto al lago. Llegaban en barcos de hojas de castaño o en veleros de caña de bambú. Muchas hormigas de todos los tamaños y especies, cargadas con exóticos paquetes, desembarcaban en la orilla del lago. Al principio la Luna no se dio cuenta, pero tanto ajetreo llamó su atención. Observó largas filas de hormigas que se dirigían hasta un hormiguero cercano. Una vez allí introducían todos los paquetes que arrastraban con mucho esfuerzo. Había hormigas de Egipto, de la China, de Rusia, de África; algunas muy grandes y obesas que venían desde el Amazonas, allá en América; otras muy pequeñitas, desde el Japón. Todas estaban muy contentas y se saludaban con sonrisas de complicidad. ¡Hacía tanto tiempo que no se veían! La Luna preguntó a un grupo que rehacían sus paquetes para cargarlos mejor.

- Amigas hormigas. ¿Adónde vais con tantos paquetes y con tanta prisa?
- Api ropi, lili ma tu ni... fiesta, dijeron las hormigas en un extraño idioma de un lejano país. La Luna les entendió porque entiende todos los idiomas que existen.
- ¡Oh, vais a una fiesta! ¿Qué clase de fiesta es?
- Lichuma no te presi... cumpleaños.
- ¡Un cumpleaños! ¿Y quién cumple?
- Releti muca... reina.
- ¿Vuestra reina, la reina de las hormigas?
- Chiti.
- Ahora entiendo tanto trasiego. ¿Y vienen invitados importantes?
- Piripi juri... Príncipe Abejorro.
- ¡Oh, vaya, el Príncipe Abejorro! ¡Qué alegría! ¿Puedo asistir a la fiesta?
- ¡Chiti, chiti!

Las hormigas se alegraron mucho al ver que la Luna también vendría a la fiesta. Organizaron una larga fila y se adentraron en el hormiguero.

VIII

Atravesaron una larga galería que llegaba hasta la gran recámara. La Luna se quedó boquiabierta ante lo que vio. Nunca había estado en un lugar tan bello. La recámara principal estaba decorada con bellísimos colgantes hechos con estambres de azafrán y polvo de ala de mariposa. Otras galerías conducían a más cámaras y recámaras donde descansaba la reina y las obreras depositaban sus regalos. Pero lo que más le gustó a la Luna fue la tarta que, coqueta y divertida, presidía la fiesta. Estaba hecha con multitud de trozos de nube de color rosa. Unas fresas adornaban toda la base y un montón de frambuesas colgaban por los lados. El chocolate caliente chorreaba entre trocitos de turrón. Y en lo más alto de todo brillaban las velas encendidas esperando que la reina las apagara de un solo soplo. Las hormigas que llegaban por primera vez ensalzaban entusiasmadas el maravilloso trabajo del cocinero real.

La música sonaba sin cesar. Una exquisita orquesta de cigarras interpretaba las canciones más exitosas del momento. Todas las hormigas bailaban a un ritmo trepidante. La alegría era tan grande que la Luna se contagió y al poco rato ya estaba bailando con una abeja una divertida canción. Después lo hizo con una cigarra argentina que también bailaba muy bien. Más tarde lo intentó con una hormiga gigantesca a la que todos llamaban Hormigón. Danzó sin cesar durante muchas horas y estaba tan contenta que se le olvidó que iba buscando al Sol. Salió del hormiguero buscando aire fresco y se sentó en una roca que había cerca de la entrada. Suspiraba de felicidad.

IX

De pronto, unas montañas lejanas guiñaron un ojo y se apartaron. Un temblor de nubes susurró que algo extraordinario iba a suceder. Los primeros rayos dorados dibujaron una recta estela en el cielo. Y el Sol se mostró orgulloso. Desplegó sobre la tierra y el mar su acalorada melena... y entonces la Luna lo vio. Él envió sus rayos dorados y la descubrió y al momento sintió que la dorada sangre le hervía. Ella sonrió. El Sol se acercó con todo su esplendor y la saludó. La invitó a bailar y la Luna,

aturdida, accedió. Bailaron sin dejar de reír. Ella saltaba, él volaba. Ella lanzaba al mundo sonrisas de plata azul. Él, rayos de dorado cincel. Y bailaron días y noches, noches y días. Y cuentan, los que saben lo que cuentan, que aún siguen bailando sin dejar de reír.

Y si por la noche miras al cielo, cerca de la Estrella Polar, y ves dos puntitos brillantes que se mueven divertidos, son el Sol y la Luna que aún siguen bailando y que durante mucho tiempo aún lo harán.

Y como me lo contaron os lo cuento.

Con un poco de pan y mucho pimiento este lunero cuento se acabó.

FIN

© JUAN PEDRO ROMERA.

© De esta edición: Espacio para Contar

MURCIA 2013